

EL LENGUAJE OBSCENO Y LA HOMOSEXUALIDAD (1916)

Sándor Ferenczi



Nacido en Hungría, formado posteriormente en Viena como médico y especializado en neurología, Sándor Ferenczi (1873-1933) tiene una carrera talentosa, en la que se desempeña no sólo como excelente clínico sino como activo militante en la defensa de los desposeídos, especialmente los de escasos recursos, prostitutas y homosexuales. Conoce el naciente psicoanálisis alrededor del año 1899, momento en el cual le es solicitado realizar un comentario para una revista húngara acerca del trabajo de Freud *La interpretación de los sueños*, y en cuya ocasión rechaza la encomienda considerando que la obra en cuestión es rara y carece de científicidad. Sin embargo, un interés personal lo llevará a interrogarse sobre distintos aspectos de la práctica clínica en estrecha cercanía con el psiquismo, que lo terminarán acercando a Freud en el año de 1908, a través de Carl Gustav Jung. En este año y rodeando los 52 años, Freud recibe en Viena a Stein y Ferenczi, dándose inicio con este encuentro a una amistad que durará 25 años y traerá consigo distintas empresas en común alrededor del interés por el psicoanálisis. La obra de Ferenczi aborda temas tales como los conceptos de introyección y proyección, estudios sobre la hipnosis, la regresión en la cura psicoanalítica, la transferencia y contratransferencia en la clínica y el autoanálisis, entre otras.

El texto que presentamos a continuación da cuenta de este interés de Ferenczi y de una asidua defensa a favor de los homosexuales y una oposición a las hipótesis y teorías que en su época se imponían, desde el ámbito médico, en relación con la homosexualidad como tara genética. “El lenguaje obsceno y la homosexualidad” es un texto del año 1916 que reproducimos a partir de la publicación que lo incluye, *Antología del psicoanálisis* de Elémire Zolla, publicado por Uteha, México, 1962.

Una palabra obscena tiene la capacidad peculiar de obligar a quien la escucha a imaginar concretamente el objeto, el órgano o la función sexual que indica. Esto ha sido claramente reconocido y expuesto por Freud en relación con las causales y la esencia de los juegos de palabras obscenas. A propósito de ello escribe: "Quien los hace obliga a la persona agredida, al mencionar la palabra obscena, a imaginar la parte o la función correspondiente." Quisiera completar este juicio llamando la atención sobre el hecho de que alusiones delicadas a cosas sexuales o a su correspondiente denominación científica o extranjera, no causan el mismo efecto, o al menos no lo causan en la misma medida que las palabras sacadas del vocabulario erótico popular de la lengua materna.

Estas palabras, por consecuencia, poseen la capacidad de obligar al que las escucha a revivir imágenes de la memoria de manera regresiva y alucinadora. Esta deducción, fundada en la autoobservación, está confirmada por las declaraciones de gran número de individuos, tanto normales como neuróticos. Las causas del fenómeno hay que buscarlas en el que escucha; se debe suponer que conserva en su depósito de recuerdos toda una serie de imágenes de contenido erótico que corresponden a palabras pronunciadas o escritas, que difieren de otras palabras-imágenes por tener una mayor tendencia a la regresión. Escuchando o viendo escrita una palabra obscena es de suponer que se ponen en movimiento estas huellas mnemónicas.

Ahora bien: si aceptamos la concepción freudiana del desarrollo ontogénico del mecanismo psíquico de centro de reacciones moto-alucinadoras a órgano del pensamiento (y esta concepción es la única que coincide con resultados psicoanalíticos y con nuestra idea de la inconsciencia) debemos concluir que las palabras obscenas poseen atributos que todas las palabras poseyeron en una fase primitiva del desarrollo psíquico.

La causa fundamental de todo acto de representación mental es, como hemos aprendido de Freud, el deseo de poner fin a un estado desagradable debido a una privación repitiendo la experiencia de un goce. Si el deseo no es satisfecho en la realidad durante la fase inicial del desarrollo mental ocurre que, al aparecer el deseo, la percepción de la satisfacción que se ha experimentado sea fijada regresivamente y mantenida de manera alucinadora.

De este modo la idea viene a ser tratada como un equivalente de la realidad (o bien se tiene una identidad perceptiva, como Freud la ha definido). Sólo gradualmente el niño afinado por las experiencias amargas de la vida, aprende a distinguir la satisfacción ideal de la satisfacción real y a usar sus facultades motoras sólo después de estar seguro de hallarse ante objetos reales y no ilusiones de su fantasía. El pensamiento abstracto y el pensar en voz alta señalan el punto culminante de este desarrollo. Aquí, como Freud ha precisado, la memoria da lo mejor de sí y saca imágenes de pálidos fantasmas de imágenes, como son los signos hablados.

Podemos añadir que la facultad de representar deseos mediante signos hablados, pobres cualitativamente, no se adquiere de golpe. Además del hecho de que se necesita algún tiempo para aprender a hablar, parece que los signos hablados en substitución de imágenes —o sea, las palabras— mantienen durante un tiempo considerable cierta tendencia a la regresión, que podemos representarnos como gradualmente decreciente hasta que se alcanza una capacidad de imaginación y de pensamiento *abstractos*, casi completamente faltos de elementos perceptivos alucinadores.

En esta línea de desarrollo aparecen eventualmente fases psíquicas en las que a la capacidad ya perfeccionada de una forma de pensamiento más económica fundada en signos-hablados, se añade una persistente y fuerte tendencia a revivir progresivamente la imagen del objeto, como está demostrado por la conducta de los niños en el período de su desarrollo mental. Freud, al estudiar la génesis psíquica del placer dado por los dichos agudos, ha reconstruido el significado de la inclinación infantil a jugar con las palabras. “Los niños”, ha observado, “tratan las palabras como objetos.”

La distinción, hasta ahora no rigurosamente efectuada, entre lo que sólo es imaginario y lo que es real —o sea, la tendencia mental a recaer en un funcionamiento primario y regresivo— puede explicar también el carácter particular de las palabras obscenas y justificar la hipótesis de que en cierta fase de desarrollo tal manera de concretar, y con ella probablemente una fuerte tendencia a la regresión, valen aún para todas las palabras. Sobre esto se apoya la explicación

freudiana de las imágenes oníricas; en los sueños volvemos al funcionamiento mental originario. En los sueños no pensamos con palabras, sino por alucinaciones.

Si consideramos ahora la hipótesis de que es te proceso hacia la abstracción de las palabras-signos dotadas todavía de muchos elementos concretos haya sido perturbado en el caso de algunas palabras, y haya sufrido una interrupción de la que se ha derivado una separación, de la palabra-imagen hacia un nivel inferior de conciencia, empezamos a comprender la tendencia regresiva que se revela tan fuertemente cuando escuchamos palabras obscenas.

No sólo el escuchar palabras obscenas, sino también el decir las, presenta particularidades que no se encuentran en el caso de otras palabras, al menos en la misma proporción. Freud ha recalcado justamente que quien pronuncia una palabra o una expresión obscena, perpetra, por decirlo así, una agresión, un ataque sexual contra quien escucha y produce fenómenos de reacción análogos a los de la acción misma. El que usa tales medios verbales siente que esto equivale casi a agredir sexualmente a la otra parte, a “descubrir en ella algo que le interesa personalmente”. En consecuencia, una palabra obscena revela en el grado más alto algo que difícilmente se puede revelar con otras palabras, es decir, su origen remoto en una acción omitida. Pero mientras las otras palabras contienen el elemento que mueve la palabra imagen sólo bajo la forma de un impulso nervioso reducido (que nosotros llamamos “la mímica de la imaginación”), al decir una palabra obscena se siente siempre con precisión que se bosqueja un acto.

Esta identificación del sonido de las palabras obscenas con sus elementos motores, como también el carácter sensorial y alucinador del acto de escucharlas, pueden resultar de un trastorno en el desarrollo. Es posible, en efecto, que estas imágenes vocales hayan quedado bloqueadas en un nivel de desarrollo del lenguaje en que las palabras todavía se identifican fuertemente con sus elementos motores. En este punto debemos preguntarnos si tal hipótesis, que sólo representa una posibilidad entre muchas, está en algún modo apoyada por la experiencia, y, en el caso de que sea así, cuál pueda ser la causa de esta desviación del

desarrollo, que interesa un grupo restringido de palabras y se presenta como caso generalizado entre los pueblos civilizados.

El análisis realizado en personas normales y neuróticas, junto con la observación de los niños (con tal que se conduzca sin prejuicios la investigación sobre la suerte que sufren en el curso del desarrollo mental los términos usados para los órganos y las funciones sexuales y excretorias), confirma esta hipótesis. En verdad, hallamos su confirmación, primeramente, en el hecho bastante evidente de que la aversión particularmente fuerte que experimentamos a repetir ciertas palabras se atribuye al sentimiento desagradable que se ha ligado a estas palabras a causa de la inversión de afecto que se tiene durante el desarrollo infantil.

Por ejemplo, un mocetón que era bastante normal, aunque de una moral exageradamente severa y de una intolerancia excesiva para las palabras obscenas, recordó durante el análisis de un sueño que su madre lo había sorprendido, cuando tenía seis años y medio, escribiendo en un papel un vocabulario, digámoslo así, de todas las expresiones obscenas que conocía. La humillación de haber sido atrapado en esta actividad, especialmente por su madre, y el severo castigo que había seguido, habían provocado en él una falta de interés por las cuestiones eróticas que se había prolongado durante muchos años, y después una disposición hostil hacia el contenido del vocabulario erótico.

En otro caso, un joven homosexual que mostraba una fuerte oposición al término obsceno correspondiente a *flatulencia*, en su infancia había tenido un amor extraordinario por los olores y fuerte inclinación coprófila; y había podido cultivar aquella inclinación hasta sobre el cuerpo del padre demasiado indulgente. La asociación, desde entonces inseparable, de la idea de las funciones excretorias en general con la de los padres, se resolvió así en una remoción anormalmente fuerte del placer de suciedad y de los olores; de aquí también la sensación sumamente desagradable al mencionarse tales cosas. El término obsceno de la flatulencia le era mucho más intolerable que cualquier circunloquio. En ambos casos la conexión íntima entre obscenidad y complejo de los padres era la fuerza de remoción más poderosa.

En el caso de una paciente histérica que solía tener los ojos cerrados cuando estaba en el retrete, pudimos llegar a una confesión en el curso de la cual había sido severamente reprendida por el sacerdote por haber mencionado el término obsceno correspondiente a vagina.

Reprensiones como ésta, o parecidas, con todo, las sufren casi todos los niños, con la excepción eventual de los pertenecientes a las clases inferiores. De los cuatro a los cinco años (o también mucho antes en los niños precoces), cuando los niños empiezan a poner límites a sus impulsos “perversos-polimorfos”, entre el abandono de las maneras infantiles de satisfacción y la iniciación del verdadero período de latencia se inserta un período que está caracterizado por el impulso a decir, escribir y escuchar palabras obscenas.

Este hecho seguramente sería con firmado por un cuestionario dirigido a las madres y las maestras, y todavía más seguramente por uno dirigido a las sirvientas, que son las verdaderas confidentes de los niños (y que esto vale no sólo para los niños europeos, sino también para los de un país puritano como Norteamérica, lo comprobé personalmente, paseando junto con el profesor Freud por el Central Park de Nueva York y observando los dibujos rudimentarios y las inscripciones que figuraban en una bella escalinata de mármol).

Podemos considerar el impulso a decir, dibujar, escribir, escuchar y leer obscenidades como una fase preliminar de la inhibición del deseo infantil de exhibir y ver objetos sexuales. Es la supresión de estas fantasías y acciones sexuales, como se manifiesta en forma debilitada en el lenguaje, lo que en realidad señala la iniciación del verdadero periodo de latencia, cuando “se forman las fuerzas mentales opuestas a la sexualidad infantil, o sea, el desagrado, la vergüenza y la moral”, y en consecuencia los intereses del niño se vuelven en dirección de la actividad social (deseo de conocimiento).

No nos equivocaremos si afirmamos que tal represión de palabras-imágenes obscenas se verifica en un tiempo en que el lenguaje, y en particular el vocabulario sexual, que está tan fuertemente impregnado de afectos, todavía está animado por una vívida “mímica de la imaginación”. Ya no parece entonces tan improbable que el material verbal reprimido durante el período de latencia (o sea, del cambio de dirección de la atención) permanezca en esta fase de

desarrollo más primitivo, mientras el resto del vocabulario se despoja gradualmente, en gran parte, de su carácter alucinador y motor mediante el ejercicio progresivo y la educación, para llegar a adaptarse así económicamente a actividades mentales superiores.

Resulta, no obstante, del psicoanálisis de las neurosis que el material psíquico removido se convierte de hecho, a través del bloqueo de las asociaciones, en un “cuerpo extraño” a la vida mental incapaz de crecimiento y de desarrollo, y que los contenidos de los *complejos* que derivan de él no participan en el desarrollo y la construcción del resto del individuo. Y he aquí algunos ejemplos sorprendentes.

Son frecuentes entre los neuróticos y no son raras entre los sanos las aprensiones sobre la pequeñez y la consiguiente incapacidad del órgano sexual —lo que nosotros, los psicoanalistas, indicamos como “el complejo del pene”. En todos los casos en que he analizado este síntoma he llegado a la conclusión de que todos los que han sufrido a causa de este trastorno se han dedicado con una persistencia insólita en su primera infancia a fantasías de coitus *cum matre* (o con una persona adulta correspondiente); al hacerlo así, se han preocupado naturalmente de la insuficiencia de su pene. El período de latencia ha interrumpido y reprimido este grupo de pensamientos; pero cuando el impulso sexual se ha desplegado de nuevo en la pubertad y el interés ha recaído en el órgano sexual, se ha reproducido la vieja preocupación, aun cuando el miembro fuera normal o superior a la media. Mientras el pene se había desarrollado normalmente, la idea del pene había permanecido en el nivel infantil. El apartamiento de la atención de la región genital había sido causa de que el individuo no registrase los cambios que mientras tanto habían ocurrido.

He observado igualmente en pacientes femeninos un “complejo de la vagina” (temor de que se lastime durante las relaciones sexuales), y he podido explicarlo con la idea de la magnitud del miembro paterno, idea madurada en la infancia y removida en el período de latencia. Las mujeres afectadas de este trastorno son sexualmente anestésicas a causa de la pequeñez imaginaria del pene de sus maridos.

Un tercer ejemplo de los efectos del período de latencia sobre la inhibición del desarrollo en un sector circunscrito está representado por el “complejo del seno”, o sea, por la insatisfacción experimentada por muchos hombres en relación con el seno de la mayor parte de las mujeres. En un paciente, cuyo deseo sexual sólo se encendía ante senos femeninos de dimensiones enormes, averigüé en el análisis que en la primera infancia se había interesado extraordinariamente en la mamada de los lactantes, y había nutrido el deseo secreto de agarrarse él también al pecho. En el periodo de latencia estas fantasías habían desaparecido de la conciencia, pero cuando empezó a interesarse nuevamente en el otro sexo sus deseos se poblaron de grandes senos. En el período intermedio la idea del seno no se había desarrollado en él, y la impresión de magnitud relativa del órgano recibida cuando era niño se había fijado; por esto sólo deseaba mujeres cuyos senos correspondían a la vieja proporción entre su pequeñez y el pecho de una mujer adulta. En sí, los senos femeninos se habían vuelto relativamente más pequeños en el período intermedio, pero la idea fijada conservaba la dimensión antigua.

Estos ejemplos, que se podrían multiplicar fácilmente, confirman la tesis de que el periodo de latencia en realidad crea inhibiciones aisladas en el desarrollo de los complejos particulares removidos, lo que nos impulsa a creer que el mismo proceso se verifica en el desarrollo de las imágenes verbales convertidas en latentes. Viene además a confirmar esta deducción por analogía el hecho de que los niños pequeños pertenecen a un tipo reactivo de carácter *visual* y *motor*. De esto nos proporciona muchas demostraciones la psicología experimental. Por mi parte opino que el abandono de este carácter visual y motor no se realiza gradualmente sino por fases sucesivas, una de las cuales, quizá la más importante, es la iniciación del periodo de latencia.

Hasta hoy ha sido poco observada la suerte de las imágenes verbales obscenas removidas en el período de latencia. Con los elementos recogidos en los autoanálisis y en los psicoanálisis de individuos normales creo poder deducir justificadamente que la latencia de tales imágenes, sobre todo en los hombres, de ordinario no es absoluta. Es cierto que el trastorno que tiene lugar en los afectos aparta todo lo posible la atención de estas imágenes verbales desagradables, pero por lo general no son totalmente olvidadas, completamente relegadas a la inconsciencia. La vida cotidiana, las relaciones con las clases inferiores y con la servidumbre, las inscripciones

obscenas en los bancos de escuela y en los urinarios hacen que estas latencias emerjan bastante a menudo y que el recuerdo de lo que ha sido excluido reviva, aunque haya cambiado el punto de vista. No obstante, estos recuerdos se descuidan durante algunos años y cuando reaparecen en el tiempo de la pubertad ya están revestidos de los caracteres que los hacen considerar vergonzosos y aun singulares a causa de su plasticidad y viveza natural, y esto para toda la vida.

Es completamente distinto el desarrollo histórico de estas imágenes verbales en los perversos y en los neuróticos. Cualquiera que, por su constitución o por experiencias sexuales, sea perverso, tenderá, como indica la teoría freudiana del sexo, a apoderarse también de esta fuente de placer haciendo discursos obscenos o leyendo obscenidades. Existe, en efecto, una perversión y consiste en decir obscenidades en voz alta, de la que tenemos ejemplo en los hombres, no raramente bien vestidos, que acostumbran susurrar obscenidades a las mujeres en la calle, sin hacer, por otra parte, *avances* más atrevidos. Se trata de exhibicionistas moderados que se contentan en vez de una exhibición efectiva, con un sustituto disminuido como es el lenguaje, para lo cual escogen aquellas palabras que, por estar prohibidas y por sus atributos plásticos y motores, parecen apropiadas para evocar reacciones de vergüenza. A tales perversiones podemos darles el nombre de *coprofemia*.

El verdadero neurótico desvía del todo o casi del todo su atención de las palabras obscenas. Siempre que puede evita el detenerse en ellas, y cuando no puede evitarlas reacciona con un sentimiento exagerado de vergüenza y desagrado. Como ya hemos dicho, raramente se comprueba que estas palabras se olviden completamente. Solamente las mujeres tienen una tal capacidad de remoción.

Un grave trauma mental puede llevar a la reaparición de estas palabras medio sepultadas, ya se trate del neurótico, ya del sujeto normal. Entonces, como les ocurrió a los dioses y las diosas del Olimpo cuando fueron degradados a la condición de demonios y brujas a consecuencia de la gran remoción efectuada por el cristianismo, también las palabras que una vez indicaron los objetos más caros al placer infantil reaparecen bajo la forma de reniegos y maldiciones, y muy a

menudo son asociadas sintomáticamente con la idea de los padres y de las divinidades y figuras sagradas correspondientes (blasfemia). Estas interjecciones que estallan rabiosamente y con frecuencia figuran atenuadas en los juegos de palabras, no pertenecen, como justamente subraya Kleinpaul, al lenguaje conceptual: no sirven las necesidades de la comunicación consciente, sino que representan, como los gestos, reacciones ante un estímulo. Hay que observar, no obstante, que una emoción violenta sólo con gran dificultad renuncia a descargarse por vía motora para resolverse en blasfemia; y tiende, en efecto, a utilizar involuntariamente las palabras obscenas más apropiadas a la ocasión por su potencia emotiva y su fuerza motora.

Es trágico el caso en que unas palabras obscenas estallan de repente en la conciencia virtuosa de un neurótico. Esto, naturalmente, sólo ocurre en forma de idea obsesiva, dado que estos términos son del todo extraños a la vida emotiva consciente del psiconeurótico, y él los siente como algo absolutamente absurdo y patológico, cabalmente como “cuerpos extraños”, y rehúsa reconocerlos como contenido genuino de su vocabulario.

Lo que hemos dicho hasta ahora explica un hecho incomprensible de otra manera: las ideas obsesivas de palabras obscenas —y particularmente de palabras que expresan del modo más vulgar conceptos ligados a las funciones más bajas y a los órganos excretores— que frecuentemente hacen su aparición en hombres después de la muerte del padre, un padre que en realidad había sido honrado y amado con el mayor afecto. El análisis muestra entonces que en ocasión de la muerte, junto con el terrible dolor por la pérdida sufrida, se expresa el triunfo de la inconsciencia por la liberación, finalmente alcanzada, de toda coacción, y el desprecio hacia el *tirano* ya inocuo se manifiesta a través de aquellas palabras que más severamente fueron prohibidas al niño. He observado un caso de este género en una muchacha cuya hermana mayor había enfermado gravemente.

La etnología proporcionaría confirmaciones importantes a mi suposición de que las palabras obscenas son *infantiles* a consecuencia de su desarrollo inhibido, y por esto adquieren un carácter anormal motor y regresivo. Desgraciadamente no tengo respecto de esto suficiente experiencia. No obstante, lo que conozco de la vida de los grupos sociales inferiores, en

particular de los gitanos, me parece demostrar que en la gente inculta las palabras obscenas no difieren esencialmente del resto del vocabulario como entre las personas cultas.

Ya sea que las observaciones ulteriores confirmen o contradigan la tesis de un carácter infantil específico de las imágenes verbales obscenas y de sus atributos *primitivos* resultantes de un trastorno en el desarrollo, después de lo que se ha dicho pienso que al menos se puede tener por cierto que estas imágenes de alto contenido emotivo tienen en nuestra vida mental un significado que hasta hoy no se ha considerado con la atención que merece.

Al definir la homosexualidad como un síntoma neurótico, no estoy de acuerdo con Freud, que en su *Sexualtheorie* describe la homosexualidad como una perversión y la neurosis, por el contrario, como lo opuesto de la perversión. No obstante, la contradicción sólo es aparente. Las *perversiones*, que derivan de la detención en el camino a metas sexuales primitivas o preparatorias, pueden muy bien servir tendencias neuróticas removidas como parte de una perversión, exagerada neuróticamente, y representar a un tiempo la negación de otra perversión. Este es el caso de la homosexualidad. El componente homoerótico, que no está nunca ausente, ni siquiera en la normalidad, se encuentra en este caso obligado a afrontar fuerzas emotivas excesivas correlativas en la inconsciencia a otra perversión, removida, o sea, a un heteroerotismo tan poderoso que no consigue llegar a ser consciente.

Creo que, entre los tipos de homoerotismo, el más frecuente y el más importante socialmente es el *objetivo*: éste, en efecto, excluye de la sociedad a gran número de hombres, aptos no obstante (aunque expuestos a neurosis psíquicas), y les impide reproducirse. Además, el número de homosexuales que continuamente aumenta representa un fenómeno social cuya importancia no se desconoce y que exige una explicación. De manera provisional quizá se puede afirmar que la extensión de la homosexualidad representa una reacción anormal ante la remoción desproporcionadamente exagerada del componente instintivo homoerótico en el hombre civilizado, o bien el fracaso de esta remoción.

En la vida mental de los pueblos primitivos (como en la de los niños) el anfierotismo (o sea la indiferenciación homo-hetero-erótica) tiene una parte mucho mayor que en los pueblos

civilizados. Y también en algunas razas de alto nivel de civilización, como entre los griegos, no era solamente tolerado, sino considerado como una manera admitida de satisfacción del deseo; y así es hoy todavía en algunos países de Oriente. En cambio en la Europa civilizada y en las regiones del mundo ligadas a ella no solamente el homoerotismo está proscrito de hecho, sino que le falta la sublimación que parecía tan obvia a los hombres de la Antigüedad, bajo la forma de una amistad entre hombres generosa y afectuosa. Sorprende, en efecto, ver .hasta qué punto los hombres de hoy han perdido toda capacidad de afecto y amabilidad recíproca; al contrario, entre ellos prevalece una agresividad decidida, el antagonismo y el amor del conflicto. Puesto que es inimaginable que unos afectos tiernos tan pronunciados en la infancia hayan desaparecido sin dejar huellas, es lógico considerar estas manifestaciones hostiles como formaciones reactivas, como síntomas de la defensa levantada contra el afecto por el mismo sexo. Probablemente también los bárbaros duelos entre estudiantes alemanes puedan considerarse del mismo modo como pruebas desviadas de afecto hacia los que pertenecen al mismo sexo. Hoy solamente quedan huellas ligeras, por ejemplo, en la vida de partido o de grupos masculinos uniformes, en el “culto del héroe”, en la preferencia de muchos hombres por muchachas virago o por actrices en papeles masculinos, y también —en forma de erotismo más acentuado— en la embriaguez, en la que el efecto del alcohol destruye la sublimación.

Parece, no obstante, que estos residuos del amor por el propio sexo no compensen del todo a los hombres modernos por la pérdida del afecto amistoso. Una parte del homoerotismo insatisfecho queda disponible y exige satisfacción; y puesto que esto es imposible en las condiciones de nuestra civilización, esta porción de deseo sexual está obligada a sufrir un cambio de dirección hacia la relación sentimental con el sexo opuesto. Creo verdaderamente que hoy todos los hombres son obsesivamente heterosexuales a consecuencia de este cambio afectivo; para librarse de los hombres se han convertido en esclavos de las mujeres. Esto probablemente nos explica fenómenos como la *caballería* y la exagerada, y a menudo visiblemente afectada, adoración de la mujer, que ha dominado al mundo masculino de la Edad Media en adelante; y también explica el llamado donjuanismo, la obsesiva y no obstante nunca saciada busca de aventuras heterosexuales siempre nuevas. Don Juan quizá encontraría ridícula

esta teoría, pero es muy probable que él no fuese sino un enfermo obsesivo impotente para encontrar nunca satisfacción en la serie infinita de sus mujeres (retratadas tan fielmente por Leporello), dado que la mujer sólo era para él el sustituto de un amor por el objeto removido.

No quisiera ser mal comprendido. Es natural y tiene fundamento en la organización psicofísica de los sexos que el hombre ame a la mujer incomparablemente más que a un semejante, pero no es natural que el hombre deba rechazar a los otros hombres y deba adorar a las mujeres con exageración obsesiva. No sorprende que muy pocas mujeres consigan acceder en las exigencias exageradas y satisfacer, junto con las otras, también las exigencias homoeróticas del hombre transformándose en su *compañero*, lo cual sin duda es una de las causas más comunes de infelicidad conyugal.

La exageración del heteroerotismo con el fin de remover el amor por el propio sexo nos recuerda incidentalmente un epigrama de Lessing:

Si la injusta multitud acusó falsamente al justo Turán
de amar a los muchachos,
¿qué podía él hacer para castigar la calumnia,
sino acostarse con su hermana?

La razón de prohibir toda clase de pasión entre los hombres no parece clara. Se puede pensar que el sentimiento de la limpieza, que en los últimos siglos se ha reforzado particularmente —es decir, la remoción del erotismo anal— haya sido el motivo más fuerte, puesto que el homoerotismo, aun el más sublimado, está siempre en conexión asociativa más o menos consciente con la pederastia, o actividad erótica anal.

El número creciente de homoeróticos obsesivos en la sociedad moderna sería entonces el síntoma del fracaso parcial de la remoción y de un *regreso* del material removido.

En síntesis, una tentativa de explicar la preponderancia del objeto homoerótico podría ser la siguiente: la remoción exagerada del componente instintivo homoerótico de la sociedad actual generalmente se ha resuelto en el refuerzo obsesivo del heteroerotismo masculino. Ahora bien:

si también el heteroerotismo está inhibido o rigurosamente limitado, como ocurre necesariamente en diversas fases de la vida, de ello puede derivar fácilmente como consecuencia —sobre todo en los que están predispuestos por razones específicas— un cambio de dirección al revés de los impulsos del heteroerotismo al homoerotismo, es decir, el desarrollo de una neurosis obsesiva homoerótica.